



© Del presente texto: Colectivo **Latitud Cero**

N. Caballero
M. Pérez
M. N. Castiblanco
C. M. López
S. Romero
C. M. Díaz

© Colección, ilustración y diagramación: Chibalete Editores

Adriana Serrano.

Dirección del Programa Integral de Lectura y Gestión del Conocimiento.

Nicolás Jiménez Ariza.

Dirección de colección.

© Todos los derechos reservados. Está prohibida la reproducción parcial o total de este libro, su recopilación en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o medida, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, registro, o bien por otros medios, sin el previo consentimiento por escrito de la editorial. Los contenidos de este libro han sido intervenidos parcialmente con herramientas de IA bajo supervisión humana

ISBN-E: 978-628-97082-4-0

© Todos los derechos reservados.

www.chibaleteeditores.com

El fantasma en la máquina.

Inteligencia artificial vs. inteligencia natural

Pa' que me entienda

Colectivo **Latitud Cero**



Contenido

Prólogo	
¿Máquinas que piensan o humanos distraídos?	7
La habitación china: ¿entender o solo simular?	13
Somos cyborgs: Donna Haraway y la frontera difusa	21
ChatGPT y el espejo con sesgos	31
¿Obsoletos? Humanos frente al futuro de la IA	39
Inteligencias sin cerebro: lo que enseñan los hongos y otros bichos raros	57
La caja negra: opacidad y confianza en la IA	67
Más allá de los sesgos: ética y poder en la IA	77
Inteligencia colectiva vs. algoritmos solitarios	87
Historias que piensan: ficciones de IA	97
El fantasma y la llama: inteligencia como cuidado	107
Glosario	
Palabras raras (pero necesarias)	117
Diálogo imposible ¿Todos somos Iron Man?	
Haraway vs. Stark	141

Prólogo

¿Máquinas que piensan o humanos distraídos?

Gilbert Ryle usó la expresión “el fantasma en la máquina” para criticar la idea de que la mente humana fuese una especie de entidad misteriosa atrapada dentro de un cuerpo. Esa metáfora, que en su momento sirvió para discutir con Descartes, hoy vuelve con un matiz nuevo. Porque ahora parece que queremos creer que dentro de las máquinas digitales hay un fantasma: que cuando le hablamos a Siri, a Alexa o a ChatGPT, no estamos frente a programas estadísticos sino frente a seres con una conciencia secreta. Nos gusta imaginar que entienden, que sienten, que responden con intención. Pero lo que ocurre, en el fondo, es distinto: no hay nadie ahí, solo millones de cálculos entrenados para parecer humanos.

Y, sin embargo, la ilusión nos fascina. Queremos ver mentes en las máquinas, queremos humanizarlas. Lo curioso es que, al mismo tiempo, nos deshumanizamos a nosotros mismos. Nos acostumbramos a vivir en

Pà que me entienda

piloto automático, a reaccionar sin pensar, a delegar la tarea de reflexionar a un sistema que nunca podrá hacerlo por nosotros.

Basta mirar un día cualquiera: abrimos Netflix y dejamos que el algoritmo nos diga qué ver; entramos a YouTube y reproducimos la recomendación que apareció sin cuestionar; nos reímos de un video en TikTok y deslizamos hacia el siguiente, como si el tiempo no existiera. No siempre elegimos: muchas veces solo seguimos. Y si nos detenemos a pensarlo, no es tan distinto a lo que hacen las máquinas: procesar información, reaccionar, devolver algo sin preguntarse por qué. La diferencia es que nosotros podríamos detenernos, podríamos elegir, podríamos dudar. Pero con frecuencia preferimos no hacerlo.

El espectáculo del algoritmo es cómodo. Nos entretiene, nos distrae, nos da la ilusión de que todo está bajo control. Pero en esa comodidad puede haber una trampa: creer que pensar es lo mismo que reaccionar. Si un político dice una barbaridad y lo convertimos en meme, ya sentimos que hemos participado. Si un tema se vuelve tendencia, opinamos con rapidez para no quedar fuera, aunque no tengamos nada nuevo que aportar. Si alguien nos

manda una noticia, la reenviamos antes de verificar si es cierta, porque lo urgente parece más importante que lo verdadero.

Y mientras nos volvemos expertos en reaccionar, aplaudimos que la IA sea experta en responder. Nos deslumbra que ChatGPT organice ideas mejor que nosotros, que escriba más fluido, que traduzca sin esfuerzo. Nos sorprende que una red neuronal genere imágenes que parecen sacadas de un sueño. Nos da miedo que los algoritmos avancen tanto que nos reemplacen. Pero rara vez nos preguntamos algo más básico: ¿no será que estamos dejando de pensar porque preferimos que ellos lo hagan en nuestro lugar?

Ninguna máquina, por más avanzada que sea, puede pensar como nosotros. Puede imitar la forma de nuestras palabras, puede predecir patrones, puede ensamblar frases coherentes. Pero no sabe qué significa enamorarse, aburrirse, temer la soledad, llorar frente a un fracaso o reírse hasta doler la panza. No sabe lo que es tener un cuerpo que envejece, una memoria que duele, una duda que no se resuelve. No hay un fantasma en la máquina, solo hay algoritmos que repiten. El fantasma somos nosotros, cuando dejamos que nuestra

capacidad de pensar se reduzca a lo que el algoritmo nos da.

Por eso, este libro comienza con una invitación incómoda: no se trata de decidir si las máquinas piensan demasiado, sino de preguntarnos si nosotros estamos pensando lo suficiente. El verdadero riesgo no es que la inteligencia artificial se vuelva más inteligente que nosotros, sino que renunciemos voluntariamente a usar la nuestra.

Quizá la tarea de lo humano hoy sea otra: recordar que pensar no es solo procesar información, sino prestar atención, elegir, detenerse. Que existir no se mide en likes, ni en vistas, ni en trending topics, sino en la capacidad de darle sentido a lo que vivimos. Que el cuidado, la amistad, la memoria y la justicia son cosas que ninguna máquina puede reemplazar.

En este prólogo hemos abierto la paradoja: máquinas que parecen pensar frente a humanos que se dejan distraer. No es una condena, sino un desafío. Este libro no busca demonizar la tecnología ni idealizar un pasado sin pantallas. Busca algo más exigente: invitar a pensar en medio del ruido, a recuperar el derecho al silencio, a dudar antes de aceptar, a preguntar antes de obedecer.

La inteligencia artificial puede ser poderosa, brillante y útil. Pero lo que está en juego no es ella, sino nosotros. Lo que está en juego es nuestra decisión de seguir siendo humanos en la era de los algoritmos. Y esa decisión empieza con algo tan sencillo —y tan difícil— como levantar la vista de la pantalla y atreverse a pensar.

Capítulo 1

La habitación china: ¿entender o solo simular?

Imagina que entras en una habitación cerrada. La puerta se cierra tras de ti y solo queda una ranura por donde alguien de afuera puede pasarte hojas con mensajes escritos. Tú, dentro, no entiendes una sola palabra de lo que aparece en esas hojas. Están llenas de caracteres extraños, dibujados como si fueran símbolos de otro planeta. Lo curioso es que junto a ti hay un enorme manual, una especie de diccionario que te dice exactamente qué hacer con cada símbolo. Si recibes una hoja con ciertos caracteres, el manual te dice que debes devolver otra hoja con caracteres distintos. No necesitas comprender nada: basta con seguir las instrucciones al pie de la letra.

Entonces alguien de afuera empieza a pasarte preguntas en chino. Tú, siguiendo el manual, respondes con frases en chino. La persona de afuera se queda asombrada: parece que dentro de la habitación hay alguien que habla chino perfectamente. Desde fuera, todo funciona: preguntas en chino entran, respuestas

Pà que me entienda

en chino salen. Pero tú, dentro, no entiendes nada. Solo eres alguien manipulando símbolos.

Ese experimento mental fue propuesto en los años ochenta por el filósofo John Searle y se conoce como “la habitación china”. Su intención era clara: cuestionar la idea de que una máquina que procesa símbolos automáticamente pueda “entender” lo que hace. Para Searle, manipular símbolos no equivale a comprender. El hecho de que desde fuera parezca que entiendes no significa que realmente haya comprensión dentro.

Ahora bien, ¿qué tiene que ver todo esto con nosotros y con la inteligencia artificial actual? Mucho más de lo que parece. Porque cuando abrimos una aplicación como ChatGPT y vemos que responde preguntas, organiza ideas, traduce idiomas o escribe poemas, lo primero que pensamos es: “Esta máquina entiende”. Pero si recordamos la habitación china, quizá deberíamos dudar. ¿ChatGPT entiende lo que dice o solo manipula símbolos siguiendo reglas?

La fuerza de este experimento radica en que nos obliga a enfrentar una diferencia

fundamental: la que existe entre simular e interpretar, entre parecer y ser. Desde fuera, la simulación puede ser tan buena que nos engañe. Una respuesta de un chatbot puede sonar tan convincente que olvidamos preguntarnos si hay comprensión detrás. Pero para Searle, lo fundamental es recordar que la comprensión no se mide por la apariencia externa, sino por lo que ocurre dentro.

Si seguimos con la metáfora, ChatGPT es como la persona dentro de la habitación: recibe símbolos (palabras escritas por nosotros), los procesa siguiendo reglas estadísticas y devuelve símbolos nuevos (su respuesta). El resultado puede ser asombroso, pero no significa que haya entendimiento. Lo que hay es cálculo.

Aquí es donde la paradoja se vuelve inquietante. Porque desde nuestra perspectiva humana solemos asociar una buena respuesta con comprensión. Si alguien nos responde de forma clara, asumimos que nos entiende. Si una aplicación nos contesta con fluidez, pensamos que “sabe”. Y, sin embargo, podríamos estar frente a un espejismo: una máquina que no entiende nada, pero que simula muy bien la forma en que hablamos.

Esa diferencia no es un detalle filosófico sin consecuencias: se juega en lo más cotidiano. Imagina que buscas información médica. ChatGPT puede darte una explicación convincente, con palabras técnicas y un tono seguro. Pero si detrás no hay comprensión, ¿cómo distingues entre una respuesta que suena real y una que realmente corresponde a la realidad? La habitación china nos recuerda que no debemos dejarnos llevar solo por la apariencia.

Algo similar ocurre entre nosotros. A veces repetimos fórmulas sin comprenderlas de verdad. Un estudiante que recita una definición de memoria sin saber aplicarla. Un político que repite un eslogan sin entender lo que implica. En ambos casos, desde fuera parece que entienden, pero por dentro no hay reflexión. En ese sentido, la habitación china no solo habla de máquinas: también nos habla a nosotros.

Lo fascinante es que Searle formuló este argumento mucho antes de que existieran los sistemas que hoy nos sorprenden. En su época, las computadoras apenas podían ejecutar operaciones básicas. Hoy tenemos modelos capaces de producir textos, conversar

de manera fluida y hasta generar imágenes. Pero el núcleo del problema sigue siendo el mismo: ¿qué significa entender?

Algunos críticos de Searle argumentan que lo que importa no es si la persona dentro entiende, sino si el sistema completo produce comprensión. Otros, como él, insisten en que incluso en ese caso no hay comprensión real: solo simulación. Entre esos dos polos se mueve el debate. Y más allá de quién tenga razón, lo cierto es que la pregunta afecta directamente cómo usamos la tecnología.

Si creemos que las máquinas entienden, podemos caer en el error de tratarlas como si fueran personas: pedirles consejos como si fueran sabias, confiar en ellas sin cuestionar. Si creemos que solo simulan, entonces nos volvemos más críticos: reconocemos sus límites, desconfiamos de sus respuestas y recordamos que siguen siendo herramientas, no oráculos.

El espejo se vuelve más incómodo cuando nos damos cuenta de que muchas veces actuamos también como máquinas. Respondemos en automático, opinamos sin leer, compartimos sin verificar. Parecemos comprender, pero muchas veces solo estamos repitiendo. Y quizá lo más inquietante es

eso: que al maravillarnos con máquinas que simulan, terminemos simulando nosotros mismos.

En las redes sociales, por ejemplo, alguien publica una frase provocadora y de inmediato se llenan los comentarios de respuestas idénticas, de frases hechas, de indignaciones que se parecen demasiado unas a otras. La reacción parece auténtica, pero muchas veces es puro reflejo. Y si lo pensamos bien, esa dinámica no es muy distinta a la de la habitación china: repetimos símbolos sin detenernos a comprender.

La lección de fondo es que pensar implica más que contestar. Pensar es detenerse, interpretar, darle sentido a lo que se dice. Esa capacidad sigue siendo la que nos diferencia de una máquina.

Cuando hablamos de inteligencia artificial, solemos usar palabras como “aprende” o “decide”. Pero habría que ser cautos. No aprende como nosotros. No decide como nosotros. Su inteligencia es otra cosa, una metáfora que no deberíamos confundir con lo humano. El riesgo está en olvidar que lo es.

Y, sin embargo, la ilusión es poderosa. Basta con leer una respuesta fluida para sentir

que detrás hay alguien. La apariencia puede convencernos. El problema es que, si nos dejamos llevar solo por lo convincente, corremos el riesgo de aceptar cualquier cosa que suene bien. Y no siempre lo que suena bien es verdad.

La habitación china no da todas las respuestas, pero sí nos regala una alerta: no confundas la forma con el fondo, la apariencia con la comprensión. Pregúntate siempre qué hay detrás, no solo qué se ve desde afuera. Esa alerta, tan simple, es quizás la diferencia entre dejarnos arrastrar por la simulación o recuperar el espacio de pensar por nosotros mismos.

Porque, al final, la pregunta no es si las máquinas piensan demasiado. La pregunta es si nosotros seguimos pensando lo suficiente.

Capítulo 2

Somos cyborgs: Donna Haraway y la frontera difusa

En algún momento de tu vida probablemente has escuchado la palabra cyborg. Tal vez en una película de acción donde aparece un humano con partes robóticas, mitad persona, mitad máquina. O en un videojuego, donde los personajes mejoran sus habilidades con implantes y circuitos. Para muchos, la palabra evoca imágenes futuristas: brazos metálicos, ojos rojos que ven en la oscuridad, exoesqueletos que multiplican la fuerza. Pero la filósofa Donna Haraway nos propone pensar algo distinto y mucho más cercano: no tenemos que esperar al futuro para ser cyborgs, porque en realidad ya lo somos.

La idea suena provocadora, pero si lo miramos bien, tiene sentido. Haraway escribió en los años ochenta un texto llamado *Manifiesto Cyborg* en el que planteaba que los límites entre humanos y máquinas, entre lo natural y lo artificial, entre lo orgánico y lo tecnológico, se han ido borrando. No vivimos en un mundo donde las personas están por